ciudad va arrinconando a los viejos, a los gordos, a los tímidos y a los espíritus demasiado sensibles, el placer infinitamente pospuesto se transforma en una fuente de amargura y desolación. No hace falta ser muy suspicaz para advertir en el narrador el perfil psicológico del niño sin amor a quien sus padres desatendieron por vivir en un reventón permanente. A veces el rencor lo orilla al franco disparate, como cuando afirma que los crímenes de Charles Manson fueron una consecuencia lógica del proceso degenerativo iniciado por los *beatniks* y los *bippies*, porque después de transgredir los valores de la moral judeocristiana y agotar todos los goces sexuales, “era normal que la voluntad dionisiaca de los individuos se inclinara hacia los prolongados placeres de la crueldad”.

Culpar a los *beatniks* por los crímenes de Manson equivale a responsabilizar a Cristo por los delitos que pueda cometer un cura pervertidor de menores. En sus momentos de mayor exaltación, Houellebecq pergeña un sermón visceral y mal fundamentado que lo aproxima a los ideólogos del grupo Pro-Vida. Sin embargo, el hecho de que el periódico *Libération* haya prodigado elogios a la novela y vea en Houellebecq a un héroe contestatario de los noventa, sugiere que su condena del individualismo hedonista ha encontrado eco en un sector de izquierda, el de los católicos justicieros que desearían redimir por igual a las víctimas del mercado y a las víctimas del pecado. La aportación de Houellebecq a esta corriente de pensamiento es haber añadido al catálogo de los oprimidos la figura del damnificado sexual que por un defecto de carácter o un trauma infantil no puede participar en la orgía de la sociedad liberal y se consume de fiebre en la soledad, maldiciendo a los creadores de un infierno erótico donde los castos y los impotentes no tienen cabida.

“No hay que contar el dinero delante de los pobres”, decimos en México cuando una pareja se está besando en mitad de la calle y los transeúntes la ven con envidia. Al satanizar la proliferación del deseo en la sociedad permisiva, Houellebecq lleva este inocente refrán a extremos aberrantes. Como último recurso para imponer a la humanidad sus preceptos morales, los paladines de la culpa y el remordimiento se obstinan en demostrar que no hay ejercicio de la libertad sin daño a terceros. Con ese argumento han impedido la legalización del aborto, han obstaculizado las campañas de prevención del SIDA en América Latina y ahora quieren proscribir la felicidad erótica, por el efecto desmoralizante que puede causarle a quienes no la disfrutan. Para evitarle sufrimientos a los sexópatas, los neoconservadores humanitarios tal vez consigan restablecer el culto a la virginidad y los noviazgos de manita sudada con agudos dolores de escroto. Pero cuando hayan convertido en convento el falansterio que les heredaron sus padres, ¿a quién van a culpar de sus frustraciones?

FERNANDO DEL PASO

Allí está todo el año

Cuando yo me muera,
allí está todo el año:
tómalo.

Cuando yo me muera,
cómprate un calendario
y por cada mes que todavía me quieras,
deshoja la hoja,
arráncala, arrójala:

A enero,
mándalo al cielo.

A febrero,
con mis camisas.

Con marzo,
envuelve una rosa.

Y hazte con abril
un barco
que navegue despacio,
hasta mayo.

A junio
dile que me salude a julio
y mándalos a los dos
por un embudo.

Y con agosto,
amada mía,
cubre tus pechos
para que se incendie el día.

Cuando yo me muera,
allí está septiembre:
bésalo.

Con octubre,
haz un cometa
y con noviembre,
su cola.

Y a diciembre deshójala
y jura que al mismo tiempo
si me quieres, no me quieras,
si me olvidas, no me olvides. —